LARREA

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA LLAVE DE LA GAVETA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

8

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 d[illegible]osto.
El es[illegible]ido y la tapada
El licen[illegible]ado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
ahijado de todo el r[illegible]
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la h[illegible]
Herencia de lágrimas
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chin[illegible]
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos esp[illegible]
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas[illegible]
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart[illegible]
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Terue[illegible]
La verdad en el espejo
La banda de la Condes[illegible]
La esposa de Sancho el[illegible]
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv[illegible]
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri[illegible]
La Madre de San Fern[illegible]
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc[illegible]
La Archiduquesita.
La escuela de los amig[illegible]
La escuela de los perd[illegible]
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca[illegible]
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje[illegible]
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (
La calle de la Montera
Los pecados de los pad[illegible]
Los infieles.
Los moros del Riff.

GADA

ICO

s depositados en la
iblioteca Nacional

rocedencia

procedencia
18

LA LLAVE DE LA GAVETA.

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lallavedelagavet00acha

LA LLAVE DE LA GAVETA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. JOSÉ MARIA LARREA Y D. JUAN CATALINA.

Representada en el teatro del Príncipe de Madrid en la noche del 8 de Octubre de 1862.

SEGUNDA EDICION.

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS. C/ DE S.ª MARTHA 2 MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
SUSANA	Doña Francisca Muñoz.
CLOTILDE	Doña Rosa Tenorio.
ALBERTO	D. Juan Catalina.
RICARDO	D. Manuel Pastrana.
RAMON, criado de la fonda	D. Ramon Guzman.

La escena es en San Sebastian.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Juan Catalina, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon en una fonda: muebles decentes: á la derecha del espectador el cuarto que ocupan Susana y Alberto, en frente el de Clotilde y Ricardo. Puerta al foro, ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, entrando por el foro.

¡Siete *judias*, una tras de otra! ¡Esto es desesperante! ¡Hoy, que me habia yo decidido por el *contra-arábigo*! Si cuando la Divina Providencia se empeña...—¡Y pensar que un caballero como yo, todo un rentista con nueve mil duros anuales, se encuentra en este momento sin un real en el bolsillo para poder continuar aquella condenada martingala!...—Y el caso es que si hubiese podido seguir dos golpes mas, de seguro me llevo hasta el tapete... ¡qué dos golpes! con uno... pero nada... ni un... (Registrándose el bolsillo.) ¡Calla! si creo que aun queda aqui algo trasconejado...—¡Ah! ¡miseria humana! ¡Tres pesetas!—Aquí tienen ustedes adónde conducen la debilidad y el entusiasmo de la luna de miel. Yo fuí débil; sí, muy débil. Primero entregué á una mujer mi corazon, despues mi mano, y como si no fuesen bastantes tantas necedades seguidas cometí por fi-

722375

la gorda! ¡Consentí en que ella sola administrase nuestros caudales, conservando en su poder la llave de la gaveta! ¡Oh, amor, amor! tú podrás ser ciego, pero tus adeptos somos tontos; consuélate.

ESCENA II.

ALBERTO, RICARDO. Ricardo desde la puerta de su cuarto ha oido las últimas palabras de Alberto.

RIC. Chico, ¿eso es en tésis general, ó hablas por tí solo?

ALB. ¡Cómo!... ¡Calla! ¡Ricardo!... (Abrazándole.)

RIC. El mismo. ¿Cómo te vá, querido mio? Anoche me dijo el mozo que habiais llegado, y en verdad que no os esperaba. ¿Cómo está tu linda esposa, que es á la vez mi amable tia?

ALB. ¡Ay, Ricardo! Bien. Lo que es de salud perfectamente. Pero dime, dime, ¿qué ha sido de vosotros? ¿Supongo que estará aquí Clotilde?

RIC. Naturalmente. Donde está el cuerpo...

ALB. El alma tambien, entendido. ¿Y cómo lo habeis pasado en Paris? ¿Qué tal va la luna de miel? Vaya, poco que se va á alegrar Susana...

RIC. Anoche mismo hubiésemos entrado á saludarla, pero cuando supimos vuestra llegada fué al volver del teatro; ya era tarde, y ahora se está vistiendo Clotilde para ir á dar esta sorpresa á su tia. ¿Y tú, qué tal? ¡Calaveron! ¿Has sentado ya la cabeza?

ALB. Sentado... y acostado, chico. Soy un ermitaño.

RIC. Lo creo. Casado con una viuda...

ALB. Muy jóven y muy linda. Siempre fué mi sueño dorado una viuda.

RIC. ¡Já! ¡já!

ALB. No, no te rias, hombre; yo tengo mis razones, basadas en la no escasa y lógica experiencia.—En una muchacha todo se vuelven exigencias, y luego sin conocimiento del mundo, de sus seducciones... expuesta á los la-

zos de esa plaga de la humanidad que se llama solteron, tragaldabas que no come mas pan que el que amasamos nosotros... mientras que una viuda... Chico, una viuda conoce á fondo lo positivo de las cosas. Le viuda, una de dos: ó ha sido desgraciada con su primers marido y entonces busca en el amor del segundo el olvido y consuelo de su infortunio, ó ha sido muy dichosa con el número uno, y comprendiendo la pérdida inmensa que acaba de sufrir, busca con afan el medio de reemplazarle, y en este caso está perfectamente dispuesta á amar al número dos. ¿Te ries? Pues, hombre, no puede haber nada mas lógico.

RIC. No, lo dudo; pero de todos modos estoy por mi sistema.

ALB. ¡Te vá bien, eh? Tienes la llave de la gaveta?..

RIC. ¿De la gaveta? ¿De la mia? Por supuesto. Pero, á qué viene?...

ALB. Á nada, á nada. (Ap.) ¡Ah, dichoso mortal! Tiene la llave! (Alto.) Es una excelente costumbre esa de guardar la llave uno mismo... yo tambien, no creas, yo tambien guardo la... ¡ejem!— Puede uno verse en mil lances; un amigo que necesite dinero, un desliz en el Casino en la mesa del lansquenet ó del monte...

RIC. ¡Ah! ¿Tú sigues con el vicio?

ALB. Por distraccion, chico. No sabe uno qué hacerse á ciertas horas del dia, y á algunas otras de la noche... sobre todo en tiempo de baños. ¿Qué haces en los baños? La llevan á uno al Casino... hay que jugar. Creerian que el retraerse era por mezquindad...

RIC. Vamos, eres el mismo de siempre. Lo que es razone- no te han de faltar...—Te dejo. Voy á ver si Clotilde está dispuesta. Hasta luego. (Váse por la puerta izquierda.)

ALB. ¡Hasta luego, bienaventurado mortal, poseedor de todos tus derechos matrimoniales y pecuniarios!...

ESCENA III.

ALBERTO, SUSANA.

SUSANA. (Saliendo.) Te buscaba, Alberto.

ALB. ¡Susana, esposa mia! Llegas lo mas á propósito...

SUSANA. ¿Pues qué sucede?

ALB. Nada, hija; una friolera. Si tuvieses la bondad de prestarme dos mil reales...

SUSANA. Amigo mio el dia que entré en posesion de esta llave prometí no abusar jamás de ella y... (Sacando una llave del bolsillo.)

ALB. ¡Ah! ¡preciosa llave! (Queriendo cogerla.) ¡Ay! ¡Déjame tocarla siquiera! hace tanto tiempo que no...

SUSANA. Caballero, le tengo á usted señalada una pension de tres mil reales mensuales para sus gastos particulares, pension que cada primero de mes cobra usted con religiosa exactitud? ¿Cómo tiene usted atrevimiento para pedir un crédito supletorio sin motivo justificado?

ALB. Susana, hija; tú no conoces el estado de Europa. Todos los gobiernos estan pidiendo créditos supletorios cada quince dias. Si supieras cómo se ha subido todo! Los gastos menudos especialmente. Ya no puede uno arriesgarse á salir á la calle sin dos ó tres mil duros en el bolsillo.

SUSANA. Quita, quita. ¡Vaya, treinta y seis mil reales al año!...

ALB. Si, pero el pasado ha sido bisiesto. Esto ha echado por tierra todos mis cálculos.

SUSANA. Sin contar con los extraordinarios que cada dia se le ofrecen á usted. Hace dos meses, sin ir mas lejos, estabas tan empeñado en tener un caballo inglés, que me ví obligada á comprarte uno, aumentando en diez y ocho mil reales nuestro presupuesto de este año.

ALB. Si, es verdad que compraste el caballo; solo que como que le mandas enganchar todos los dias á tu americana, no puedo yo montarle nunca; á menos que me sople

un par de botas y una gorrita y guie yo mismo el carruaje haciendo de postillon... No estaria yo mal representando el *Postillon de la Rioja*; pero francamente no me es muy agradable este género de equitacion y he preferido alquilar un caballo. Ahí tienes un gasto extraordinario del cual tú sola tienes la culpa.

SUSANA. Si, tan indispensable es ese, como el de la sala de armas, donde despilfarras un dineral en sables, floretes y asaltos.

ALB. ¡Ah! ¿Y me negarás que sola tú eres tambien la causa de ese despilfarro?

SUSANA. ¿Yo?

ALB. Señora de Riotinto, ¿recuerda usted las palabras que me dirigió usted cierto dia, tres años antes de nuestro matrimonio?

SUSANA. ¿Y á qué viene? ..

ALB. Yo la hacia á usted la córte.

SUSANA. Lo cual era una infamia, porque yo estaba casada. Así son ustedes...

ALB. Es una verdad lastimosa, pero exacta. La pasion todo lo justifica. Usted era desgraciada, señora; sus enrojecidos ojos decian bien claramente cuán poco se divertia usted al lado de mi predecesor, y á pesar de este convencimiento yo era discreto y rigorista. Solo al cabo de quince meses de silencio y tormentos me atreví á dirigir á usted una declaracion *sotto voce*, burlando la vigilancia de su tirano. Su respuesta de usted fué una carcajada.

SUSANA. (Riendo.) Já, já, la cosa no era para menos.

ALB. No, pues yo no me reia.—¿Por qué no corresponde usted á mi pasion? la dije con acento lastimero...—Porque estoy casada, caballero, me respondió usted con dignidad. —¡Oh! insistí yo, debe haber otra razon, dígamela usted, señora.—Pues bien, señor de Riotinto, me dijo usted, con sinceridad le confesaré, que aun cuando fuese libre no podria amarle á usted porque...—¿Por qué? —Porque es usted muy gordo.—Verdaderamente enton-

ces estaba yo atroz, ¡redondo como un tonel!—¡Enflaquecer ó morir!! me dije. Al dia siguiente comencé á hacer gimnasia; me pasaba los dias enteros colgado del trapecio; levantaba pesos enormes con ambas manos, diciendo dolorosamente para mis adentros: «Dios mio, esto es por ella.» Despues corrí á la sala de armas, tiré el sable cinco horas diarias, con rabia, con desesperacion; estocada en cuarta, parada en sexta, corte uno, dos, pam!! pam!! El amor me prestaba sus fuerzas y reanimaba mi brazo, rompia diez sables y floretes diarios, ¡qué importaba! Tenia curvaturas y calambres horribles, ¿qué importaba? Nada; yo conseguí mi objeto; ¡me puse flaco!!

SUSANA. ¡Cómo! ¿y era por mí?...

ALB. (Con pasion.) ¡Ni siquiera lo sospechabas!... ¡Ingrata!! (Cambiando de tono.) Conque dime, Susana, tienes por casualidad ahí dos ó tres mil reales como adelanto del año que viene?...

SUSANA. ¿Pero para qué los quieres?

ALB. Hija, mañana son los dias de la reina Vitoria, y...

SUSANA. Supongo que no pensarás en hacerla ningun regalo.

ALB. No, pero hay un buque inglés surto en la bahia, y estarán de gala...

SUSANA. ¿Los ingleses? Algo de ingleses debe haber en el asunto. ¿Pero cómo recien llegado?... ¡Ah! vamos; tú has salido esta mañana, ya abrás descubierto... ¿Adónde has estado?...

ALB. En misa, hija mia. Allí me encontré al Vizconde de Fresno, que me llevó á ver la ciudad, el puerto...

SUSANA. Y qué mas?

ALB. Nada, nada mas. Luego pasamos por el Casino...

SUSANA. Ya pareció aquello. ¿Y subiste?

ALB. Sí; allí estaban una porcion de amigos de Madrid, bañistas que van acudiendo á esta deliciosa concha...

SUSANA. Y que se entrenian en jugar al monte... ¿No?

ALB. ¡Cá! no, hija: ¡al monte! ¡un juego tan inmoral! Nada de eso, era al golfo... por entretenerse... nada mas.

SUSANA. Acaba. Y te dejaste el dinero que tenias, por entretenerte...

ALB. ¡Quiá, no, tonta! (Sonando las pesetas que tiene en el bolsillo.) Mira, mira si tengo dinero, todo el que tenia; sino que como estamos á últimos de mes, y que trae treinta y uno, ya ves...

SUSANA. Si; ya veo que es usted un vicioso, un jugador, y que ne le daré á usted ni un real.

ALB. ¡Susana! Susanita de mi corazon...

SUSANA. Lo dicho. (Llamando á la campanilla.)

ESCENA IV.

DICHOS, RAMON.

ALB. ¡Oh tirania conyugal! ¡Oh luna de miel!!

RAMON. (Saliendo.) ¿Han llamado ustedes, señores?

SUSANA. ¡Ah! Dime, ¿no eres tú el que anoche subió los equipajes?

RAMON. Si, señora.

SUSANA. Y no te pagué tu trabajo... ahora recuerdo... ¿Alberto?

ALB. ¡Hija?

SUSANA. Dále tres ó cuatro pesetas.

ALB. ¿Eh? ¿Qué dices?...

SUSANA. Que le des al mozo su propina. Yo no tengo suelto.

ALB. ¿Tres ó cuatro pesetas? ¡Ah! si: creo que tengo sueltas aqui... (Registrándose el bolsillo.)

SUSANA. Vamos, hombre, cualquiera creeria que no tienes...

ALB. ¿Cómo se entiende? Por esa miseria... toma, muchacho. (Ap.) ¡Maldita sea tu estampa! ¡Yo que esperaba desbancar con esos doce reales!!...

SUSANA. (Á Alberto.) ¿Vienes?

ALB. Te sigo, te sigo... (Susana entra en su cuarto. Alberto, que la sigue, vuelve á la escena apenas ella entra.)

ESCENA V.

RAMON, ALBERTO.

ALB. Oye, vuélveme las tres pesetas.

RAMON. Pero señor...

ALB. ¿No ves que son falsas, majadero?

RAMON. (Mirándolas.) ¡Calla!

ALB. (Cogiéndolas.) Trae, trae; luego te daré cinco duros.

RAMON. Si, si, señorito.

ALB. Cinco golpes... si se siguen dando las judias... (Váse corriendo por el foro.)

RAMON. ¡Qué señorito tan amable! Si me dá los cinco duros... (Váse foro.)

ESCENA VI.

RICARDO, CLOTILDE.

RIC. (Saliendo delante.) No te empeñes, Clotilde mia, ese es un capricho sin fundamento.

CLOT. ¡Capricho! Vaya, y aunque asi fuera. ¿Son tan lindos!... ¿no los reparaste ayer tarde? Ni en Paris, ni en ninguna parte he visto unos brillantes mas bonitos. ¿No los miraste?

RIC. No; me llamaron la atencion unos magníficos cigarros que habia en la tienda de al lado.

CLOT. Y estan montados en oro, con un gusto...

RIC. ¿Los cigarros?

CLOT. No; los pendientes. ¡Qué luces! .. ¡qué tallado!... ¡Ricardo mio!... si tú fueses tan bueno...

RIC. Pero, hija, gastar un dineral para una tonteria... ya tienes muchos brillantes.

CLOT. ¡Me estarian tan bien!

RIC. ¿Á quién quieres tú agradar?

CLOT. Á tí. (Con inocencia.)

RIC. Pues bien. La primera vez que yo te ví, Clotilde mia,

llevabas un vestido blanco y una rosa en tus cabellos; ¡si tú supieses qué linda me pareciste! Déjame creer que nuestro amor data de ayer: qué, ¿necesitas llevar brillantes para agradarme siempre? ¿Para ver esa dulce sonrisa en tus divinos labios?

CLOT. ¡Oh, no!

RIC. Pues bien, conténtate hoy con ser jóven, con ser bonita, con ser amada, y algun dia...

CLOT. ¿Es decir que me comprarás joyas cuando sea fea y vieja?... Mil gracias.

RIC. ¡Clotilde! ¡Es posible!...

CLOT. (Convencida.) No hablemos mas de ello. No quieres... me resigno.

ESCENA VII.

DICHOS, SUSANA.

SUSANA. (Saliendo.) Pero Alberto, ¿qué haces? ¡Qué veo!

CLOT. (Corriendo á abrazarla.) ¡Querida tia!

SUSANA. ¡Clotilde! ¡Ricardo! (Alargándole la mano.) ¿Cómo es eso?

RIC. Pues no le ha dicho á usted Alberto?

SUSANA. Ni una palabra. (Á Clotilde.) Y qué hermosa estás, Clotilde mia! ¿Cómo no me habeis advertido?...

CLOT. Si llegamos hace tres dias; Ricardo te escribió; pero sin duda ya habiais salido de Madrid cuando llegó la carta.

RIC. Así es, señora.

SUSANA. ¡Clotilde mia! (Volviendo á abrazarla.) ¡Si no me canso de mirarte!...

RIC. Las dejo á ustedes. Tendrán ustedes tantas cosas que decirse despues de un año de ausencia... Vaya, hasta despues.

CLOT. ¡Ven pronto! (Despidiéndole con un gesto cariñoso.)

SUSANA. ¿Le quieres mucho?

CLOT. Sí; soy muy dichosa. ¡Ricardo es tan bueno! ¡calla! qué pendientes tan bonitos!

SUSANA. ¿Te gustan?... ¿Los quieres?...

CLOT. No; los miraba porque me han recordado unos que ví ayer...

SUSANA. ¿Aquí?

CLOT. Sí, en una joyeria que acaban de abrir. ¡Si vieras qué magníficos!...

SUSANA. ¿Y cómo no te los ha comprado tu marido?

CLOT. Yo bien queria, pero...

SUSANA. ¿Pero qué?

CLOT. Nada; hablemos de otra cosa.

SUSANA. No, hija, no. Hablemos de eso. ¡Vaya, tu felicidad me interesa demasiado para que no desee enterarme... ¿dices que los querias?

CLOT. Sí; pero Ricardo me ha dicho...

SUSANA. En plata. ¿Se ha negado á comprártelos?

CLOT. Sí.

SUSANA. ¡Ay, pobre Clotilde!

CLOT. ¿Qué es eso?

SUSANA. ¡Que estás perdida!

CLOT. Me causas miedo, tia.

SUSANA. ¡Una negativa! ¿Y tú consientes en que tú marido te niegue nada, cuando aun no hace un año que estais casados? ¡Qué imprudencia!

CLOT. ¡Cómo! ¿Yo soy imprudente?

SUSANA. Hija mia, la felicidad en el matrimonio depende de los primeros dias. Pero, Clotilde, ¿no te lo he dicho mil veces? Es preciso hacerse dueña de la voluntad del esposo enamorado y de la llave de la gaveta. ¿De dónde sales que no sabes eso, muchacha? ¿Pues no te he educado yo? Vamos, vamos, ¡te has perdido con mi ausencia! ¿Te ha negado una cosa? Te las negará todas.

CLOT. ¿De veras?

SUSANA. ¡Vaya! Si no fuera por la fortuna de habernos vuelto á ver tan pronto... ¡Tu buena estrella te conduce aquí! que si no...

CLOT. ¿De veras, tia? Vaya, pues me alegro mucho de haber venido.

SUSANA. ¿Deseas esos brillantes? Los tendrás. ¡Oh, esto es muy

grave: es cuestion de porvenir; te digo que los tendrás!

CLOT. No deseo otra cosa. ¿Pero cómo haremos? ¡Si ya se los he pedido!

SUSANA. Sí, ¿con una voz muy dulce, con tierna mirada y apoyándote en su brazo?

CLOT. Sí. He agotado todos los medios de persuasion.

SUSANA. (Con burla.) ¿Todos? ¿Estás bien segura?

CLOT. (Cándidamente.) Sí. Á lo menos creo...

SUSANA. Mira; para obtener alguna cosa, hay en el arsenal de la coquetería femenina cien mil medios á cual mas seguros todos cuando se sabe escoger bien el momento oportuno de emplearlos. Voy á enterarte, porque, hija, es preciso completar tu educacion.—En este caso, por ejemplo, y despues de haber agotado las cariñosas palabras y las miradas dulces, produce excelente efecto un cierto aire ofendido, un gesto tranquilo, pero amenazador... mira, asi... inclinada la cabeza hácia atrás, y diciendo con acento desdeñoso y un si es ó no es colérico... «¡Ah! Conque es decir que me rehusas... ¡bien, bien... bien!...»

CLOT. (Confusa.) ¡Cómo, tia! ¿y tú me aconsejas?...

SUSANA. (Con impaciencia.) Hija, hija; te digo que es preciso completar tu educacion. Vamos á ver. Ensaya.

CLOT. Tia...

SUSANA. ¡Si aquí nadie nos ve, tonta!

CLOT. (Imitándola un poco ridículamente.) «¡Ah! ¿Conque es decir que me rehusas?... ¡bien... bien... bien!»

SUSANA. Quita, quita; si no es eso; mas energia!

CLOT. ¡Si no acierto!

SUSANA. Entonces pensemos... (Despues de reflexionar un instante.) ¡Ah!

CLOT. ¿Has pensado otro medio?

SUSANA. ¡Y magnífico! El mas excelente... ¿Sabes llorar?

CLOT. ¿Cómo que si sé?...

SUSANA. Sí, de seguro sabrás llorar. ¿Qué mujer no sabe?...— Mira, Clotilde mia; los hombres son menos malos que lo que nosotras queremos hacer creer. Esto se puede

decir sin riesgo aquí entre nosotras, porque ninguno nos oye. Asi es que cuando nos ven llorar casi siempre se enternecen.

CLOT. Es verdad.

SUSANA. Pues, hija, es preciso saber aprovechar á tiempo esta circunstancia, y al obrar asi debemos hacerlo sin remordimiento, porque al fin cada uno se defiende con las armas que debe á la naturaleza.—Mira, mi primer marido, ya le conociste, el pobre Jorge, ¡tenia un genio!... ¡Válgame Dios! Era lo que se llama un tirano. Pues bien, en cuanto yo lloraba ya le tenia á mis pies. La elocuencia de las lágrimas es infalible. Tú, que vienes de París, habrás oido contar la historia de la señorita de La Valliere? Pues, hija, tu marido no ha de ser mas testarudo que Luis catorce. Ensaya una vez y me darás las gracias.

CLOT. Bien; pero es el caso que no sabré... ¿Cómo llorar cuando no hay motivo?

SUSANA. Pues claro está, se aparenta. No seas tonta; se lleva una el pañuelo á los ojos, y las lágrimas vienen solas. ¡Ah! ¡tu marido! (Viéndole entrar.)

ESCENA VIII.

SUSANA, CLOTILDE, RICARDO.

RIC. (Á la puerta del foro.) ¿Estorbo?

SUSANA. (Alegremente.) Al contrario. Ya puede usted entrar, caballero. Y viene usted muy á propósito. Clotilde me acaba de confiar lo dichosa que la hace usted. (Á Clotilde.) ¿Es verdad, sobrina mia?

RIC. Señora, hago á lo menos cuanto puedo para conseguirlo.

SUSANA. No esperaba yo menos. Vaya, te dejo; voy á mi cuarto un momento... (Bajo á Clotilde.) ¡Ánimo! (Alto.) Adios, Ricardo.

RIC. Hasta despues, querida tia. Supongo que comeremos juntos.

SUSANA. Por supuesto.—Hasta luego. (Váse echando una mirada persuasiva á Clotilde.)

ESCENA IX.

CLOTILDE, RICARDO.

RIC. ¡Qué buena, qué amable es Susana!

CLOT. (Preocupada.) Si.

RIC. Y mi amigo Alberto es un excelente muchacho. Estoy cierto de que la hará feliz.

CLOT. Si no la rehusa nada. Hace poco la regaló...

RIC. ¿El qué?

CLOT. Unos pendientes casi igualitos á los que yo queria, y que tú me has negado.

RIC. (Leyendo un periódico.) Ya.

CLOT. (Ap.) Mi tia dice que es cuestíon de porvenir.

RIC. ¿Todavia andamos á vueltas con los brillantes?

CLOT. (Suspirando.) ¡Si supieses cuánto me gustan?

RIC. Pero hija si no valen nada; tú no los has visto bien.

CLOT. Puede que sea un capricho, pero no puedo pensar en otra cosa desde que los ví.

RIC. Eso es una locura, y en este caso á mí es á quien toca tener juicio por los dos.

CLOT. (Tristemente.) ¿Es decir que decididamente te niegas á comprármelos?

RIC. Sí me niego; y en verdad que esa insistencia...

CLOT. Por dos ó tres mil reales...

RIC. No es por el dinero sino...

CLOT. (Ap.) Probemos.(Alto, imitando aunque grotescamente lo que la díjo Susana.) ¡Ah! ¿Conque es decir que me rehusas?.. ¡Bien, bien... bien!

RIC. (Riendo y ap.) ¡Já! ¡já! ¡Qué monísima se pone cuando finge enfadarse!

CLOT. (Ap.) Creo que esta vez lo he dicho bien. (Alto, y con el mismo tono de antes.) ¿No respondes?...

RIC. (Ap.) Yo se los compraria, pero si cedo esta vez no hay

medio luego de hacerse respetar. (Alto y con firmeza.) Pues, hija, sí, rehuso.

CLOT. ¡Oh!

RIC. Te compraré lo que tú quieras, lo que desees, no siendo ese adorno, esos brillantes, que te son completamente inútiles.

CLOT. (Ap.) ¡Vaya! Hay que recurrir al gran medio.

RIC. Te suplico por lo tanto que no insistas mas.

CLOT. (Ap.) Dice mi tia que vá en ello mi felicidad... Sí, es preciso. (Alto y llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Ah! ¡Ah! Dios mio... ¡qué desgraciada soy! (Solloza.)

RIC. (Que despues de las últimas palabras ha vuelto á coger el diario y lee, se vuelve diciendo.) ¿Eh? ¿Qué es eso?

CLOT. ¡Quién dijera, que tan... pronto... (Solloza.)

RIC. (Acercándose.) ¡Clotilde!

CLOT. (Siempre llorando.) Tú no me quieres... no... Usted... no me quiere.

RCI. ¡Qué locura! Pero, hija no llores...

CLOT. (Sollozando cada vez mas fuerte.) Mi mamá, mi pobre mamá es la única que me... queria... (Ricardo saca su pañuelo y la limpia cariñosamente los ojos.)

RIC. Vaya, Clotildita, no seas niña... (Ap.) ¡Lágrimas, y yo soy la causa! ¡Vamos, no merezco perdon! Por una frusleria... (Alto, á sus pies.) Cálmate, vida mia; yo te suplico que me perdones.

CLOT. ¡Qué desgraciada... so...oy...

RIC. Mira, voy ahora mismo á comprar los pendientes.

CLOT. No, ya no los quiero.

RIC. Te digo que voy...

CLOT. No, no quiero... ¡no los quiero!...

RIC. Vuelvo en seguida. (Corriendo por el foro.) Vamos, no tengo perdon de Dios; ¡hacer llorar á este ángel!

ESCENA X.

CLOTILDE, ALBERTO.

CLOT. (Cambiando de tono en cuanto sale Ricardo.) ¡Ah! ¡victoria, victoria! ¡Al fin cedió! ¡Mi tia tenia razon! (Mirando por la ventana.) ¡Uy! ¡cómo corre!... ¡Pobrecillo! Casi casi me dan ganas de llamarle... No, ¡qué diria mi tia!...

ALB. (Entrando con aire abatido.) Pues señor, ¡*volaverunt* tambien las tres pesetas! ¡Condenadas judias! sin querer quebrar... (Tentándose los bolsillos.) Ahora sí que estoy raso, mondo y lirondo...

CLOT. (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Cómo! ¿Es usted, Alberto?

ALB. Si, hija mia, un poco desfigurado; pero yo soy. ¿Y cómo estás, Clotildita? Yo vi antes á Ricardo, y aun ahora mismo creo que pasó á mi lado al entrar yo, solo que iba como alma que lleva el diablo.

CLOT. Es que iba á...—si viese usted qué bueno es y cuánto me ama.

ALB. Vaya, me alegro mucho.

CLOT. Ahora mismo, gracias á mi tia... (Ap.) qué tonta soy, pues no le iba á contar Susana...

ALB. (Alto.) Susana? ¿Qué, qué hablabas de Susana?...

CLOT. Nada, que tambien es muy buena, y que me quiere tanto!

ALB. Si, buena... buena... los primeros de mes sobre todo, (Ap.) que es cuando afloja los patacones; pero los veinticuatro, porque hoy estamos á veinticuatro, y este mes trae treinta y uno el condenado... ¡y qué dias mas largos!... ¡Puf! ¡yo creo que se pone el sol á las doce y tres cuartos de la noche! ¡Oh, esto es insufrible!! (Clotilde ha vuelto á la ventana. Alberto se pasea gesticulando, y tropezando en una silla la deja caer.)

ESCENA XI.

DICHOS, RAMON.

RAMON. (Apareciendo en cuanto suena el ruido.) ¿El señor ha llamado?

ALB. No.

RAMON. Creia...

ALB. Te digo que no.

RAMON. Está bien, está bien. No crea el señorito que vengo por aquellos cinco duros...

ALB. Si no te largas, te voy á dar el puñetazo mas hermoso que has llevado en tu vida, ¡pillastre!

RAMON. (Marchándose.) ¡Uy!!

CLOT. (Volviéndose.) ¿Qué es eso?

ALB. Nada, no hagas caso, hija.

CLOT. (Viendo entrar á su marido y ap.) ¡Ah! Ya está aquí.

ESCENA XII.

CLOTILDE, ALBERTO, RICARDO, con un estuchito en la mano.

RIC. Clotilde mia, vengo á buscar mi perdon.

CLOT. (Ap.) ¡Los trae!

ALB. (Admirado.) ¿Su perdon?

CLOT. (Ap.) Pobre Ricardo, qué bueno es, y qué mal he hecho en engañarle!

RIC. (Presentando la caja.) Vaya, aquí los tienes.

CLOT. Ricardo... (Confusa y ap.) ¡Qué mal he hecho! ¡Ahora no me atrevo ni aun á mirarlos!

ALB. ¿Qué significa esto?

RIC. ¿Aun me guardarás rencor? pues no me le tendrias si supieses el disgusto que me han ocasionado los tales pendientes.

CLOT. (Alarmada.) ¡Cómo! ¡Disgusto! ¿Á tí, Ricardo mio? ¿Y por mi causa?

RIC. No, no te asustes. Un caballero, un militar que los tenia ya medio ajustados cuando yo llegué, y que ha lle-

vado muy á mal que yo ofreciese en el instante doble de su valor, temeroso de quedarme sin ellos. Ya se vé, el diamantista me dió al momento la preferencia.

CLOT. Pero, ¿y el militar?

RIC. Nada, un altercado que no vale la pena, y que terminó prontamente. (Mirando los pendientes.) ¡Y qué bonitos son! No me explico ahora cómo he podido yo negarte... ¿Verdad, Alberto? Mira, mira qué dos gotas de agua...

ALB. (Mirando.) Sí, son muy bonitos brillantes. Mi mujer tiene unos casi iguales...

RIC. Que tú la has regalado.

ALB. ¿Eh? Que yo le he...—¡Si, es verdad! Que... (Ap.) ella se ha regalado.

RIC. (Á Clotilde tiernamente.) ¿Estás contenta?

CLOT. (Tendiendo la mano á su marido.) Ricardo, esposo mio... Si supieras...

RIC. ¿Qué?

CLOT. Nada, nada: lo contenta que estoy! Voy á ponérmelos ahora mismo, y saldremos juntos; quiero que todo el mundo me vea tranquila y feliz, quiero parecer linda para que estés orgulloso de tu Clotilde.

RIC. Vé, vé, Clotilde mia. (Acompañándola.)

CLOT. (Ap.) De todos modos he hecho mal en engañarle.

ALB. (Ap.) Pues señor, parece que este está en fondos, será preciso proponerle un empréstito.

ESCENA XIII.

ALBERTO, RICARDO.

ALB. Con que Ricardillo, ya sabes que te se quiere... (Alargándole la mano como despidiéndose.)

RIC. ¿Te marchas?

ALB. Sí, voy á... (Registrándose los bolsillos.) Por vida de... pues no me iba á marchar sin dinero...—El caso es que no quisiera volver á entrar en mi cuarto ..

RIC. ¿Necesitas algo?

ALB. Cuatro ó cinco monedas de cinco duros por no salir sin... Pero, deja, deja: iré...

RIC. No, hombre, si no quieres volver á entrar en tu cuarto no hay necesidad. Aquí tengo yo... (Buscando en su bolsillo y sacando dinero en oro.) Toma lo que quieras.

ALB. Bueno. Nada mas que veinte ó veinticinco duros... ajá! cinco monedillas. (Las toma.) Luego te las devolveré.

RIC. (Sonriendo.) Cuando quieras. Y ahora voy á ver á ese condenado militar que me estará esperando...

ALB. ¿Qué militar?

RIC. El de los pendientes. Se ha empeñado en que le dé una satisfaccion. Yo le supliqué que me esperase ahí abajo.

ALB. Pero, cómo, chico. ¿Será cosa de andar á trastazos por una tonteria?

RIC. Supongo que no. Voy á ver.

ALB. Anda con Dios. Si acaso ya sabes que yo soy un espadachin de primera, y aunque detesto el duelo... tratándose de un amigo como tú...

RIC. Espero que no hará falta. Hasta luego.

ESCENA XIV.

ALBERTO, á poco RAMON.

ALB. (Saltando y brincando muy contento.) ¡Ajajá! ¡ya soy todo un capitalista! Esta vez con veinticinco duros, y una buena inspiracion... ¡pataplun! ¡no queda un real en el Casino! (Tirando las monedas sobre el velador y haciéndolas sonar.)

RAMON. (Saliendo al ruido.) ¿El señor ha llamado?

ALB. ¿Eh? Á tí si que parece que te llaman con campanillas. No quiero hacerte esperar mas tiempo. (Ap.) ¡Si, es una vergüenza! Exponerse á la crítica de un criado... (Alto.) Toma. Ahí tienes tus cinco duros. (Dándole una moneda. Ramon la mira con recelo.)

RAMON. ¿Serán falsos, señor?

ALB. (Enfadado.) ¡Cómo!

RAMON. (Guardando la moneda y con risa estúpida.) ¡Ji! ¡ji! Lo decia por si acaso! ¡Ji! ¡ji!

ALB. Mira, tunante, si no te largas!!... (Ramon se marcha corriendo. Alberto le detiene.) ¡Oye! Si la señora pregunta por mí, díle que me he marchado por esos campos á admirar la naturaleza. (Ap. marchándose.) Con veinte duros y una buena inspiracion... Voy á jugar judias.

ESCENA XV.

RAMON, SUSANA, á poco CLOTILDE.

RAMON. ¡La naturaleza!... No me parece á mí mala la naturaleza de este señor.

SUSANA. (Saliendo de su cuarto.) ¿Has visto á don Alberto?

RAMON. Si, señora; se marchó á admirar la naturaleza. (Ap.) ¡Caramba y qué guapa es la señora! (Suspira.) ¡Ah!

SUSANA. (Volviéndose.) ¿Eh? ¿Qué haces ahí?

RAMON. (Melancólicamente.) ¡Admirar là naturaleza! (Ramon se marcha.)

CLOT. ¡Susana!

SUSANA. Y bien, ¿qué hay?

CLOT. Que me abraces, tiita mia.

SUSANA. ¿Has conseguido?

CLOT. (Enseñándole los pendientes que se ha puesto.) Mira.

SUSANA. ¡Ah! ¿Has llorado?

CLOT. Y creo que muy bien. Sin embargo, ¡estoy tan arrepentida! ¡Si le hubieses visto al pobre!... Vamos, no lo volveré á hacer, y á la primera ocasion se lo confieso.

SUSANA. ¡Eh! No seas niña. Anda, anda á ponerte los guantes, el sombrero y saldremos todos juntos; yo voy tambien á mi cuarto.

ESCENA XVI.

ALBERTO, á poco RICARDO.

RIC. (Entrando por el foro muy agitado y dirigiéndose á la derecha

del proscenio.) ¡Estamos frescos! Ese hombre no quiere escuchar ninguna explicacion. ¿Y qué hago yo ahora? Vamos, ¡cuando pienso que todo esto ha sucedido por una tonteria!...

ALB. (Sale muy serio con el sombrero encasquetado y las manos en los bolsillos y se adelanta pausadamente á la izquierda del proscenio.) ¡Ahora era *biscarronda*! Ni una judia. Condenada suerte. ¡Los veinte duros... pirrist!...

RIC. (Sin ver á Alberto.) ¡Estamos bien!

ALB. (Mirándole y sin moverse.) Como tres con un zapato.

RIC. (Viéndole.) ¿Eh? ¿Tú tambien? ¿Pues qué sucede?

ALB. ¡Que era *biscarronda*!

RIC. ¿El qué?

ALB. Lo que se daba. ¡Y yo jugaba judias!

RIC. ¿Y á mí que me importa? ¡Estoy comprometido! Ese diablo de hombre no se aviene á razones.

ALB. ¡Pues hijo, palo! ¡Casualmente estoy de un humor!...

RIC. No es por no batirme; yo no le tengo miedo á ese temeron; pero qué va á ser de mi pobre Clotilde!

ALB. ¿Conque no se aviene?...

RIC. Nada. Figúrate que le he dado todas las satisfacciones posibles y decorosas. Le he dicho que habia tenido empeño en quedarme con aquellos brillantes, porque era un capricho de mi mujer.

ALB. ¡Ya! era un capricho...

RIC. Que le habia hecho derramar abundantes lágrimas. Con decir esto me parece... ya se sabe que en el matrimonio, en habiendo lágrimas, todo se consigue.

ALB. (Muy admirado.) ¿Eh? ¿Qué me dices?

RIC. Pues claro es: ¿cómo se ha de tener corazon para ver llorar á la persona querida sin sacrificarlo todo por enjugar aquel precioso llanto?

ALB. (Procupado.) Ya; conque es un argumento infalible.

RIC. Cuando se ama... Pero nada, el buen señor me dice que tambien era antojo de su mujer, y que la ha dejado anegada en llanto para ir á buscar los pendientes, y que por consecuencia, ó se los lleva ó nos batimos.

RIC. Qué barbaridad!

ALB. Le he dicho que esté en el salon dentro de media hora y que tú irias á arreglar las condiciones.

RIC. Has hecho bien en contar conmigo.

ALB. Necesitaremos otro testigo. Voy á buscarle.

ESCENA XVI.

ALBERTO, despues SUSANA.

ALB. ¿Pero qué es lo que este dice?... Que las lágrimas... En verdad que ahora recuerdo... Si, la historia nos dice que Monaldeschi... Monaldeschi, el lector de Cristina de Suecia, empleaba ese medio con gran éxito para conseguir de la reina cuantas gracias deseaba... Verdad es que un dia aquella gran señora se amoscó y le mandó trinchar; pero esto no quita para que... es claro; no veo una razon para que este recurso lacrimoso obtuviese tan buen resultado en Suecia y no le tenga en San Sebastian. Veamos, veamos. (Viendo á su mujer.) ¡Oh! (Se dirige á la ventana.)

SUSANA. ¿Qué haces, Alberto? ¿Dónde te metes que nunca puedo echarte la vista encima?

ALB. ¡Admirando la naturaleza! Estaba aquí pensando...

SUSANA. ¿En qué?

ALB. En tí.

SUSANA. ¿En mí? Gracias.

ALB. Sí, en tí. En que tú sola puedes librarme de un compromiso...

SUSANA. Ya estoy.

ALB. He recibido una carta del sastre. Me manda una cuenta atrasada de cuatro mil reales.

SUSANA. ¡Ave Maria! ¿Llegamos anoche y ya hoy has recibido una carta del sastre?

ALB. Pues sí, hija. No es por desconfianza, sino que el pobre está apurado...

SUSANA. ¿Á ver la carta?

ALB. (Aparentando buscarla en los bolsillos.) ¡Aquí la metí!... ¡Ah! Ya no me acordaba. La he quemado para encender un cigarro.

SUSANA. Si tú no fumas.

ALB. Es verdad, no era para mí... sino que ahí en la escalera de la fonda me encontré un caballero que fumaba... es decir, que queria fumar, y para darle lumbre encendí un fósforo; pero era pequeño y encendí la carta del sastre para que le sirviese de candela.

SUSANA. ¿Y qué necesidad tenia ese caballero de qué hicieses tú esa operacion tan larga para que él fumase? ¿No podia encender él mismo su cigarro?

ALB. ¡Quiá, hija! ¡Si es un pobre coronel que ha servido en la guerra de Africa, y á quien una bala de cañon le llevó los dos brazos, y está el pobrecito!... (Imitando la postura de un hombre sin brazos.)

SUSANA. Señor de Riotinto, sus recursos de usted para sacar dinero son muy poco ingeniosos: por lo tanto no tendrá usted un maravedí.

ALB. (Sacando el pañuelo.) Está bien. Ni aun merezco ser creido... ¡Ah! ¡Ah! ¡Soy muy desgraciado! (Llora estrepitosamente.)

SUSANA. ¿Qué es eso?

ALB. Lo veo... bien claro... ¡Usted no me aaa...ma! ¡Soy una pobre víc...tima sacrificada!

SUSANA. ¿Pero qué le ha dado?

ALB. ¡Mamá! ¡Mama...ita...mia!

SUSANA. (Soltando la carcajada.) ¡Ah, já! ¡já! ¡já!

ALB. ¿Eh?

SUSANA. ¡Já! ¡já! ¡qué feo te pones cuando lloras!

ALB. ¡Susana!...

SUSANA. ¡Já! ¡já! ¡Y qué bobo! ¡Cree convencerme! ¡Já! ¡já!

ALB. (Ap.) Pues señor, no hago efecto. Me he lucido. (Alto.) ¿Conque es decir que no me das dinero?

SUSANA. No, porque es para jugar.

ALB. Te doy mi palabra de no jugar. Pero he pedido prestado y no quiero hacer un papel ridículo, ¿lo entiendes?

SUSANA. No me convences.

ALB. Es que me formalizo. Susana, quiero ser un poco mas amo de mi casa: yo te prometo no jugar, pero dame la llave.

SUSANA. No.

ALB. ¿No? Está bien; adios. Casualmente ese desafio me viene de molde. Ahora verás.

SUSANA. Oye, escucha, Alberto.

ESCENA XVII.

SUSANA, CLOTILDE, RICARDO.

SUSANA. ¡Me hace temblar! Despues de esa escena ridícula se pone tan serio... Y desafio... Sí, ha dicho algo de desafio... ¿Qué significa?...

CLOT. ¡Ea! Ya estoy lista. ¿Vamos?

RIC. ¡Ah, señoras! ¿han visto ustedes á Alberto?

SUSANA. Ahora mismo se ha separado de mí. Pero qué tiene usted, Ricardo? ¡Está usted inquieto, pálido!

CLOT. (Asustada.) ¡Es verdad! ¿Qué te ha pasado?

RIC. Nada, Clotilde... Buscaba á Alberto para...

CLOT. ¿Para qué?

RIC. Para ir juntos á cierto punto donde nos aguardan... Pero si no está iré yo solo.

SUSANA. No, no saldrá usted... desafio... sí, estoy cierta de que Alberto ha dicho algo de desafio!...

CLOT. ¡Batirte tú! ¡Dios mio!... No, no saldrás...—¡Ah! ya recuerdo... ese militar, la cuestion de antes. ¡Vas á batirte y yo soy la causa!

RIC. ¡Tranquilízate! ¡Si no hay tal cosa!...

SUSANA. Sí, sí, van á batirse, estoy segura. ¡Alberto! ¡y yo le he dejado marchar!

CLOT. ¡Oh! ¡No me perdonaré nunca, porque yo soy la causa, yo te he engañado!

RIC. ¡Cómo!

SUSANA. ¡ Dios mio!

CLOT. Sí, yo he fingido mis lágrimas para obligarte á comprar esos brillantes, que son la causa de ese desafio.

RIC. ¡Cielos!

SUSANA. ¡Pero corra usted, busquemos á Alberto!...

CLOT. (Cayendo á los pies de su marido anegada en llanto.) ¡Perdóname, esposo mio! ¡Perdóname!

RIC. ¡Tú! ¡Has sido capaz!...

CLOT. ¡Perdóname, por Dios!

ESCENA XVIII.

DICHOS, RAMON.

RAMON. ¡Ay, señores, qué desgracia! El señorito don Alberto se está batiendo en el jardin con un coronel.

TODOS. ¡Cielos!

CLOT. y SUS. ¡Ya es tarde! (Susana cae de rodillas sollozando. Despues de un momento de pausa levanta la cabeza y dice tímidamente.)

SUSANA. ¡Dios mio! ¡Y ese coronel no será aquel sin brazos!

RIC. ¡Pero qué es lo que me has dicho! ¿Aquellas lágrimas?...

CLOT. Eran fingidas, Ricardo mio; pero perdóname, ¡yo te juro no volver á caer en la tentacion!

RIC. ¡Fingidas! ¡Y no has dudado en engañarme por un vano capricho! ¡Y el amigo mas querido de mi corazon muere tal vez en este momento por tí, por tu causa!...

SUSANA. ¡Dios mio!

CLOT. ¡Ah!

RIC. ¡Y yo no tardaré en seguirle, corro ahora mismo á vengar su muerte ó á morir con él!

CLOT. ¡No, no saldrás! (Deteniéndole.)

SUSANA. ¡Sí, sálvele usted!

RIC. ¡Déjame! (Procurando desasirse.)

RAMON. Ya será tarde. (Procurando detener á Ricardo.) No salga usted, señorito.

SUSANA y CLOT. ¡Ah! (Cayendo cada una en un sillon y sollozando.)

RIC. (Enjugándose las lágrimas.) ¡Y en tanto mi pobre amigo!...

¡Ah! ¡Esto es horrible!...

RAMON. (Llorando tambien.) ¡Sí, pobre señorito! ¡Y el coronelazo aquel que parece un gigante! ¡Ya le habrá hecho picadillo.

TODOS. ¡Ah! (Llorando.)

ESCENA XIX.

DICHOS, ALBERTO, con dos sables debajo del brazo.

ALB. (Cantando.) Quand-on à tout perdu
et qui il n'y a plus d'espoir
l'on tire la chemise
et l'on faite un mouchoir.
Toujours, toujours,
la nuite comme le jour.

TODOS. ¡Alberto! (Corriendo á él.)

ALB. En persona.

SUSANA. ¡Esposo mio! ¿Estás herido?...

ALB. ¡Cá! ¿De qué me habian de servir mis seis años de esgrima? Le he arrimado un linternazo al Goliat ese que ya tiene que rascar para unos dias.

RIC. ¿Tú?...

ALB. Sí; en el brazo derecho. No tengas cuidado, que no se muere por eso.

RIC. ¡Amigo mio, tanta generosidad! (Abrazándole.) ¡Batirse por mí!

ALB. ¿Y qué remedio? Si no queria avenirse á razones; pero ahora ya está completamente satisfecho.

SUSANA. ¡Alberto mio! ¡Cómo poder yo obtener mi perdon! (Acercándose tímidamente.)

ALB. Pues, hija, muy fácilmente: con...

SUSANA. ¡Sí, sí, pide lo que quieras!

ALB. Vamos, ya he descubierto el gran secreto. En cuanto necesite dinero mato al primero que se me presente.

SUSANA. (Alargándole con timidez la llave.) No, no lo necesitarás

nunca, porque tú eres el dueño. Desde hoy renuncio á mis derechos. (Dándole la llave.)

ALB. (Tomándola y besándola.) ¡Ah, preciosa llave! ¡Y yo desde hoy no juego mas! ¡Vida nueva! La leccion debe aprovechar á todos. ¿No es verdad? (Á Clotilde.)

CLOT. ¡Oh! por mí ciertamente. Pero Ricardo...

ALB. (Haciendo que se abracen.) Vaya, absolucion general y propósito de la enmienda.

Aun nos falta otro perdon,
que espero que consigamos.
(Al público.) Señores, aquí llegamos
demandando absolucion.
Yo de ustedes no me aparto
sin salirme con mi tema;
y ya saben mi sistema,
al que no aplauda lo ensarto!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 12 de setiembre de 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

enicienta.
almadreño
s.
vicio.
de viento
e Correlargo
ro.
eginiento.
mi mujer.
os.
lres
ey René.
s.
e Murillo.
de Catana.
ta.
e la vida.
Garan
piloto.
el campamento, ó
Africa.
os de la niebla.
matrimonio.
Pab
gal
encia.
aja.
nada.
(refundida)
sobrina
ano.
ia.
818.
ta de pájaro
ojuelas.
Polonia.
Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á río revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y catigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quien es el padre?
Rebeca.
Rival y amigo
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

edoro
ena ley
eo.
chilladas.
Gitana.
rte.
a.
o.
ita.
o, ó el Alcalde pro-

una opera.
y la maja.
hortelano
n Marruecos.
ratonera.
carnaval.
rama lírico.)
de la Rioja *(Música)*
de Letorieres.
escape.
español.
feliz.
lanco.
ono.
uelo de un pollo.
y Valdemoro.
no... ¡animal!
la calle Mayor.
del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos diamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera *(Música).*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música).*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

---

on de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, do de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badájoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrio
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.